

# Teoría arqueológica II. La arqueología procesual

Este artículo presenta de forma sintética los elementos clave en la caracterización de la llamada "arqueología procesual". La exposición se articula en torno a tres planos de análisis: ontología, epistemología e implicaciones político-sociales de los enfoques estudiados. En cada uno de estos apartados los planteamientos procesuales se emplazan en relación a las prácticas arqueológicas tradicionales y, además, son objeto de un comentario crítico.

Palabras clave: Teoría arqueológica. Ciencia. Sistema social. Proceso. Arqueología social.

This paper shows the key points of the so-called "processual archaeology" in a synthetic way. The text goes through three different guidelines: ontological and epistemological aspects, and social and political consequences of the perspectives analysed. Each of these dimensions is placed in the framework of previous (traditional) archaeological practices; also, a critical assessment is made of its major failures.

Key words: Archaeological theory. Science. Social system. Process. Social archaeology.

## 1. El contexto intelectual para la renovación de la arqueología: neopositivismo y aspiración nomotética en ciencias sociales

En las décadas de los cincuenta y sesenta se observa en ciertos medios académicos anglosajones un impulso transformador que manifiesta el objetivo explícito de otorgar a la arqueología el estatuto de disciplina científica propio de las ciencias naturales o "duras". Esta voluntad cristalizará en la llamada *New Archaeology* o "arqueología procesual", que pasará a constituir un lugar de referencia básico para gran parte de los intentos de renovación de la disciplina a lo largo de

los últimos decenios. No se trata de un fenómeno aislado, pues la misma preocupación científica se registró paralelamente en otras ciencias sociales, como la geografía (BUNGE 1966, CHORLEY y HAGGETT 1967, SCHAEFER 1980), la historia (CARDOSO 1982, TOPOLSKY 1992) o la antropología (HARRIS 1985a, b; LLOBERA 1975).

1. Universitat Autònoma de Barcelona. Este texto continúa la línea de procurar materiales para la discusión iniciada por el artículo titulado "Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales" (*Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7, pp. 107-128). El presente trabajo, al igual que el anterior, integra algunos elementos procedentes de diversas publicaciones de V. Lull y R. Micó, y se estructura de manera análoga a aquél.

Desde posicionamientos positivistas cada vez más extendidos, se asiste a una crítica del carácter idiosincrásico de las humanidades y de la subjetividad que las caracteriza. En lugar de esto, se afirma la necesidad de generar conocimientos objetivos validados por la realidad empírica y no por la riqueza retórica, los atributos estéticos o el oportunismo estratégico en el contexto social o político de la investigación. De cara a la obtención de tales conocimientos se exige el ajuste de los métodos de investigación de cada disciplina particular al proceder hipotético-deductivo, considerado por el positivismo como un modelo correcto de funcionamiento de la ciencia. El énfasis en el rigor metodológico garantiza la superioridad del conocimiento científico respecto a otros saberes que enuncian características del mundo basándose en la revelación (religión, mitología), la costumbre (opinión), los prejuicios (ideología) o la subjetividad libre (filosofías idealistas-vitalistas, discursos poético-literarios). Aunque se admite que estas creencias o experiencias pueden proporcionar sensaciones emocionales (placer, odio, goce estético, etc.) y vivenciales (adhesiones, identidades, segregaciones, etc.) auténticas y en modo alguno despreciables, se niega su capacidad para formular conocimientos fiables sobre el mundo material. Este objetivo sería exclusivo de la ciencia.

En rigor, la aspiración cientifista no constituye una pretensión ajena a la propia arqueología, cuyos/as profesionales más influidos por el evolucionismo y el materialismo histórico ya habían sostenido la convicción de explicar la diversidad humana en términos de leyes sociales generales. Sin embargo, aparte de las posturas más claramente comprometidas con la fundación de una ciencia de las sociedades, emparentadas en mayor o menor medida con las grandes teorías sociológicas del siglo XIX, la voluntad de calificar como científica la labor arqueológica ha constituido un lugar común entre sus practicantes, incluso entre quienes, desde una óptica histórico-cultural, han negado la posibilidad de establecer generalizaciones sobre los hechos humanos. En este sentido, investigadores/as tan poco sospechosos/as de ser partidarios/as de la *New Archaeology* como Almagro Basch (1985), Arribas (1981), Beltrán (1988), Daniel (1977), Laming-Empeaire (1984), Nieto (1985) o Pericot y Maluquer (1969), por citar sólo algunos/as de entre los más próximos a nuestra tradición de estudios, han coincidido en otorgar el calificativo de "ciencia" a la investigación prehistórica o a la arqueológica en general.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con los seguidores/as de la arqueología cientifista anglosajona, desde los enfoques tradicionales no se defendía el derecho a merecer el estatuto científico como consecuencia de un compromiso explícito con una determinada metodología derivada de una reflexión teórico-epistemológica profunda sobre la actividad científica. Antes bien, para la aproximación histórico-cultural la arqueología debía su carácter científico al empleo de técnicas analíticas importadas desde diferentes ramas consolidadas de las ciencias naturales, como el método estratigráfico de la geología, la identificación de géneros y especies de la zoología y la botánica, la reconstrucción climática y ambiental de la ecología,

y el análisis de la composición, propiedades y cronología de los materiales de la física y la química. En esta argumentación estriba la principal diferencia respecto a las perspectivas arqueológicas más recientes. Así, mientras que las arqueologías tradicionales acudían al campo técnico-instrumental para hacerse acreedoras de cientificidad, las nuevas propuestas arqueológicas anglosajonas actualmente definidas como procesuales enfatizaron la importancia de debatir y explicitar la estructura formal del razonamiento y de someter las actuaciones empíricas (trabajos de campo y de laboratorio) a las exigencias de hipótesis y teorías rigurosamente formuladas. Esta discrepancia abrió un amplio debate en el que, más allá de reclamar uno u otro calificativo a la labor arqueológica, subyacían fuertes diferencias de orden ontológico y metodológico.

A juicio de los defensores/as de las nuevas arqueologías cientifistas, la práctica arqueológica tradicional se sitúa sin duda en el campo de las "ciencias" humanas de orientación interpretativa, historicista e ideográfica, las cuales constituyen el polo opuesto, por método y por objetivos, de las ciencias naturales, generalizadoras y nomotéticas. Las primeras reposan en la intuición subjetiva, mientras que las segundas estarían guiadas por el principio de demostración. Normalmente, la distancia entre ambas se plantea de tal modo que sólo las naturales se ajustarían al modelo científico, quedando las disciplinas del "espíritu" subsumidas bajo el ambiguo epígrafe de "humanidades". El proyecto de crear una arqueología científica según los parámetros del neopositivismo (BINFORD y BINFORD 1968; CLARKE 1968; FRITZ y PLOG 1970; WATSON *et al.* 1974) intentó incorporar la disciplina al grupo de las ciencias naturales. La pretensión se fundaba en la extensión del principio de unicidad de la ciencia para abordar cualquier dimensión del mundo y, como tal, el comportamiento humano. Para llevar a cabo esta reorientación, se tomaron como modelo las formulaciones de filósofos de la ciencia como C. Hempel (1979) y K. Popper (1967), entre otros. Frente al "inductivismo ingenuo"<sup>2</sup> que se suponía característico de la "arqueología tradicional", la estructura formal de la nueva arqueología debería articular las siguientes operaciones:

1. Formulación explícita de hipótesis sobre segmentos o propiedades de la realidad.
2. Derivación de implicaciones contrastadoras en el mundo real.
3. Contrastación de estas implicaciones mediante la aplicación de metodologías instrumentales de carácter interdisciplinar.
4. Formulación de leyes a la luz de hipótesis verificadas que permitan explicar nuevas manifestaciones de la realidad (predicción).

Los hechos arqueológicos no se manifestarían de forma transparente a los ojos de investigadores/as libres de prejuicios, como propugnaría el inductivismo extremo compartido por importantes sectores de la

2. Para un resumen claro de las características del "inductivismo ingenuo", así como de las duras críticas que ha recibido, véase Chalmers (1986: 11-24). Para una evaluación crítica de la en ocasiones ficticia oposición entre inductivismo y deductivismo, véase Castro, Lull y Micó (1993).

profesión, sino que su selección y análisis se produce a la luz de hipótesis y teorías. En otras palabras, el conocimiento de la realidad del pasado no se destila de la mera acumulación de datos, sino de una selección consciente en función de un programa de partida. En este sentido, la explicitación de todas las operaciones seguidas en la investigación, desde la producción y selección de los datos hasta las claves de inferencia y la propuesta de explicaciones, se revela crucial en la nueva concepción disciplinar. Tan sólo de esta manera sería posible garantizar las mínimas condiciones de repetibilidad y comunicabilidad entre la comunidad científica, indispensables para el progreso de los conocimientos. En este sentido, el ideal consistiría en utilizar un lenguaje inequívoco, conciso y "diáfano", ajeno a las ambigüedades retóricas del discurso interpretativo tradicional. Se reafirma la convicción de que la forma literaria narrativa en que éste se expresa, dada su proximidad con otros discursos "subjetivos" o de ficción, no permite obtener representaciones reales: la verdad debe representarse en enunciados "literales" y no "literarios" (H. WHITE 1992: 66). Por ello, la lógica y el formalismo matemático se consideran los instrumentos más adecuados para la expresión de hipótesis y resultados. Formalización y cuantificación constituyen los medios a través de los cuales puede tener lugar la comunicación de forma transparente, objetiva y neutral; es decir, eliminando al máximo el sesgo subjetivo introducido por el lenguaje cotidiano o la jerga específica sancionada por el uso.

La aspiración cientifista expresada prácticamente al unísono en los EE.UU. y el Reino Unido fue acompañada, especialmente en el primero de estos países (BINFORD 1962), de una sinonimización entre los objetivos de la arqueología y los de la antropología. "La arqueología o es antropología o no es nada" (WILLEY y PHILLIPS 1958) o "Arqueología como antropología" (BINFORD 1962) se entienden en función de dos aspectos confluyentes. En parte, porque en los EE.UU. se observaba una clara continuidad en el objeto de estudio, entre las sociedades cuyos restos materiales se documentaban arqueológicamente y las sociedades indígenas supervivientes de la agresión blanca, arrinconadas en reservas y estudiadas por la antropología. Ello justificaba que el estudio de ambas realidades fuera abordado desde una única disciplina, la antropología. La arqueología se concebía como una rama especializada de la antropología que se distinguía de ésta por la metodología de análisis, pero no por los objetivos finales de la investigación. De hecho, en las universidades norteamericanas la arqueología era impartida como una especialidad de la carrera de antropología.

En segundo lugar, con la denominación "antropología" se aludía al viejo proyecto de crear una "ciencia integral del hombre" que abarcara todos los campos de indagación que tuviesen al ser humano como objeto, desde la medicina hasta la historia. En este contexto, se entiende la recuperación del evolucionismo decimonónico por parte de influyentes antropólogos como L. White, J. Steward, E. Service, M. Fried o M. Harris, comprometidos con la empresa de fundar una ciencia social basada en la formulación de generalizaciones a partir de regularidades observadas

en el comportamiento humano. De esta forma, se retomaba la esperanza de construir una ciencia de la evolución humana en paralelo a la ya existente en torno a las leyes sobre la evolución biológica de las especies; es decir, una ciencia que explicase los fenómenos en referencia a una jerarquía de conexiones causales de índole material. Por tal motivo, la antropología neoevolucionista y, como veremos, la arqueología procesual, prestaron una especial atención a los determinantes de tipo ecológico, tecnológico, energético o demográfico a la hora de dar cuenta de la forma y desarrollo de la evolución social y política.

En Europa la situación ha sido distinta. La antropología restringió su objeto al estudio de los "modernos primitivos", mientras que la historia y la arqueología se repartían el estudio del pasado humano.<sup>3</sup> En cualquier caso, aunque la identificación entre antropología y arqueología no fue tan manifiesta como en los EE.UU., las arqueologías procesuales europeas compartieron el universalismo de aquélla y se sirvieron de sus descripciones etnográficas y de sus categorías analíticas e interpretativas para dar luz a los vestigios de las comunidades prehistóricas.

Así pues, la relación entre la antropología cultural o social y la investigación prehistórica puede caracterizarse como un fenómeno fundamentalmente anglosajón que, tan sólo en las dos últimas décadas, se ha difundido con intensidad variable a otros ámbitos académicos. Efectivamente, con el auge de la arqueología procesual y su eco amplificado por los influyentes canales de comunicación de lengua inglesa, empezó a plantearse en otras latitudes la discusión sobre las relaciones entre antropología y prehistoria. Pese a ello, la incidencia de esta cuestión no ha afectado decisiva ni homogéneamente la caracterización disciplinar de muchos países europeos, en los cuales se ha mantenido el peso de diferentes escuelas de pensamiento histórico implantadas con anterioridad (arqueología histórico-cultural, materialismo histórico). Tan sólo de forma excepcional algunos departamentos universitarios desarrollaron de forma autónoma propuestas para incluir los estudios prehistóricos en el orden conceptual y epistemológico de la antropología cultural (ALCINA 1989).

En el presente trabajo plantearemos una caracterización general de las nuevas perspectivas científicas, de acuerdo con el esquema expositivo y argumentativo seguido en una publicación anterior (LULL y MICÓ 1997). Así, en primer lugar haremos hincapié en la definición del objeto de estudio arqueológico por parte de la arqueología procesual (cuestiones de ontología). A continuación, abordaremos los mecanismos mediante los cuales se genera el conocimiento arqueológico

3. No obstante, la aspiración universalista de la antropología viene acentuándose en los últimos años. El retorno al estudio de la humanidad sin distinción de época, lugar o condición ha implicado una aproximación o, incluso, un solapamiento de la investigación antropológica respecto a las llevadas a cabo desde la sociología, la historia contemporánea y ciertas ramas de la geografía, las ciencias políticas y la economía. La competencia entre estas disciplinas es cada vez más ardua, aunque por el momento el método de aproximación al objeto antropológico, la observación participante, parece poner a salvo la especificidad de la antropología.

desde el citado enfoque (cuestiones de epistemología) y, finalmente, trataremos cuestiones relativas a la proyección social y política de la arqueología anglosajona de orientación cientifista. Asimismo, valoraremos los temas clave de cada uno de estos apartados en referencia a los planteamientos defendidos desde los enfoques arqueológicos tradicionales (LULL y MICÓ 1997).

## 2. Cuestiones de ontología: la nueva carga semántica del concepto de cultura

La organización del registro arqueológico en entidades culturales realizado a finales del siglo XIX y principios del XX marcó una importante ruptura en la investigación. Según la visión tradicional, las culturas arqueológicas se identificaban por recurrencias de tipos materiales demarcadas espacio-temporalmente. Cada una de ellas pondría de manifiesto la vigencia de una tradición de ideas y comportamientos modelada históricamente. Los elementos que la integraban podían tener un origen autóctono o bien deberse a factores externos transmitidos por difusión. La configuración de cada cultura era fruto de trayectorias históricas particulares y únicas. Ante esta situación, la investigación arqueológica sólo podía aspirar a aproximarse hermenéuticamente a las formas de vida del pasado, a sabiendas de que, al menos en las sociedades ágrafas, nunca será posible aprehender completamente el universo simbólico e ideacional que dio cuerpo a la cultura. De tales planteamientos se deriva la negación a establecer generalizaciones interculturales, lo cual se tradujo en posturas de abierto escepticismo o, a lo sumo, de interpretación restringida del registro arqueológico.

En su artículo "Archaeology as anthropology", a menudo considerado el manifiesto fundacional de la nueva corriente en los EE.UU., L. R. Binford (1962) recogía los dos aspectos teóricos que marcarán el posterior desarrollo de la arqueología procesual: la asunción como marco de referencia teórica y metodológica del modelo cibernético de W. R. Ashby (1956) y de la teoría de sistemas de L. von Bertalanffy (1968), y la adopción de las premisas explicativas de la ecología cultural, avanzadas básicamente en los trabajos de J. Steward (1955). Esta redefinición teórico-metodológica de la disciplina comportó inmediatamente la crítica a la noción de cultura asumida hasta entonces. La nueva concepción, inspirada en la obra de L. White (1949, 1959), la define como el "modo extra-somático de adaptación del organismo humano", en función de lo cual la cultura será indicadora de un "sistema ecológico humano" (BINFORD 1962). Así pues, la cultura se concibe de manera holística como un sistema integrado por subsistemas interdependientes, cuya dinámica conjunta puede ser expresada mediante modelos formales. El funcionamiento del sistema presupone la retroalimentación (*feedback*) entre varios subsistemas. En una fecha tan temprana como 1962, Binford distinguió entre los subsistemas tecnológico, social e ideológico, aunque esta triple división puede detallarse más y desdoblarse en otros subsistemas (RENFREW 1972). La retroalimentación o interacción

entre subsistemas constituye una noción clave que desplaza el concepto tradicional de "influencia cultural" a la hora de desempeñar el papel de correa de transmisión entre el motor o motores causales ahora considerados (clima, población, tecnología) y la percepción de los nuevos estados del sistema (el cambio). Desde esta óptica, el sistema en movimiento define el *proceso*. Dicho funcionamiento no sería azaroso, sino que estaría sujeto a un limitado número de relaciones causales susceptibles de ser enunciadas en leyes. Tal sería uno de los principales objetivos de la nueva arqueología: la reconstrucción del proceso cultural a la luz de una teoría explicativa.

El funcionamiento e interacción mutua entre subsistemas se encaminaba invariablemente hacia el mismo fin: la reproducción del todo social mediante una adaptación satisfactoria al medio ecológico. El "cuerpo social" expresa metafóricamente una ontología y un modelo de funcionamiento. Como totalidades orgánicas, las sociedades o culturas persiguen el objetivo de su propia conservación y reproducción. La supervivencia, en el sentido físico de mantenimiento de las constantes vitales, se conceptualiza como la necesidad primigenia que impulsó la fundación de la vida en común (el nacimiento de la sociedad); la actualidad permanente de esta necesidad, en tanto que imperativo instintivo-ontológico del ser humano, impone la renovación cotidiana del contrato social. Desde esta perspectiva, se presupone una comunidad de valores que se traduce en una finalidad adaptativa de los comportamientos individuales y sociales.

El equilibrio se concibe como el estado normal del sistema, mientras que la inestabilidad y el cambio constituyen situaciones excepcionales. Cualquier alteración del equilibrio, generalmente contemplada como de origen externo al propio sistema (ya sean los factores climáticos o la idea de una presión demográfica tomada del pensamiento malthusiano en la formulación actualizada por Boserup, 1967), requiere inmediatamente una regulación entre los componentes del sistema (*homeostasis-regulación-feedback*) con el objetivo de restaurar la situación inicial. Sólo en los casos en que las alteraciones afecten de forma suficiente a uno o varios de los subsistemas básicos para la subsistencia (tecnología), a la población (demografía) o al medio (variación en la disponibilidad de recursos) podrá producirse un cambio cualitativo en la totalidad (*feedback* positivo). Las relaciones sociales y políticas, así como los aspectos ideacional-simbólicos quedan en un segundo plano: las primeras implementan soluciones diversas para la satisfacción de necesidades materiales; los segundos, reducen su cometido al refuerzo de la identidad grupal o a la transmisión interna de información adaptativa.<sup>4</sup>

En suma, a nivel abstracto, la cultura, un concepto que no es abandonado, se equipara con la noción de sistema. El sistema en movimiento genera los procesos

4. La epistemología del materialismo cultural, tal y como ha sido expuesta por M. Harris (1985a, b), constituye un modelo de funcionamiento y evolución sociales, en el que algunas de sus premisas básicas (distinción entre infraestructuras físicas, estructuras organizativas y superestructuras ideacionales, con niveles de determinación diferentes en cada caso) han tenido una gran influencia en el pensamiento procesual.

y, a su vez, las directrices que marcan el funcionamiento de dicho sistema se importan desde la cibernética. Ahora bien, ¿de qué manera esta mutación conceptual afectó a la caracterización y ordenación de los materiales arqueológicos? Abordaremos esta cuestión desde tres puntos de vista.

El primero de ellos hace referencia a la ampliación y enriquecimiento de la base empírica, gracias a la potenciación de múltiples clases de análisis sobre los materiales arqueológicos. Como consecuencia de la atención dispensada a las variables ecológicas y tecnológicas de los sistemas culturales, la arqueología procesual ha desarrollado de forma significativa la investigación centrada en variables que, si bien no desconocidas, habían recabado hasta entonces una atención limitada. La lista es larga, aunque es posible discernir tres líneas principales. Una de ellas, la tafonómica, parte de la consideración de los yacimientos arqueológicos como productos actuales fruto de una cadena de transformaciones postdeposicionales de diversa génesis. Esta línea se propone eliminar los efectos de la distorsión postdeposicional de cara a reconstituir el momento de la deposición original para, de ahí, estar en condiciones de identificar patrones de conducta humana (SCHIFFER 1987). La atención prestada a la descripción y análisis de la matriz sedimentaria de los yacimientos constituye una de las implicaciones más importantes de esta preocupación. La segunda de las grandes líneas de la investigación empírica se ha centrado en proporcionar datos relativos a los subsistemas tecnológicos, ecológicos y demográficos, a la luz de la causalidad tecnoambiental propugnada desde las teorías antropológicas sobre la dinámica de las sociedades. De ahí la importancia cobrada por la recogida sistemática de restos vegetales y animales, y los numerosos intentos para determinar la gestión humana de los recursos orgánicos. Este tipo de investigaciones fue iniciado desde planteamientos tradicionales como el de G. Clark y vivieron una segunda juventud en los años setenta con la llamada escuela paleoeconómica de Cambridge (HIGGS 1972, 1975). Lo mismo puede decirse de las investigaciones orientadas a la reconstrucción paleoecológica, en función de las cuales comenzaron a proliferar análisis sobre los componentes del espacio natural (geología, geomorfología, suelos, recursos hídricos, vegetación, clima). Por último, cabe señalar también el desarrollo decidido de los métodos de prospección de yacimientos, de los métodos radiométricos de datación absoluta y, fundamentalmente, de los análisis de composición elemental e isotópica y de tecnología de manufactura, entre otros (BROTHWELL y HIGGS 1973, HENDERSON 1989), aplicados sobre muestras extraídas de los propios objetos arqueológicos.

El segundo de los aspectos relacionados con la actitud procesual hacia el registro arqueológico tiene que ver con lo que podríamos denominar una concepción funcional de los artefactos. Muchos de ellos, en tanto elementos tecnológicos, posibilitaron la adaptación de las sociedades a su medio ecológico<sup>5</sup> o bien

maximizaron la relación coste/beneficio en términos materiales y energéticos que implicó su uso (incremento de la eficacia o de la rentabilidad). En este sentido, cabe valorar positivamente el esfuerzo analítico orientado a determinar los trabajos implicados en la manufactura, así como los usos concretos a que fueron destinados. Sin embargo, además de considerar la vertiente de funcionalidad práctica, es posible observar una segunda funcionalidad, esta vez abstracta, asignada a los objetos como parte integrante del sistema cultural en que fueron utilizados. Dicha funcionalidad abstracta responde a una clave social, en tanto que se asume que los artefactos fueron utilizados en el seno de uno u otro subsistema de cara al mantenimiento de la totalidad del sistema cultural. Así, por ejemplo, un monumento funerario megalítico “concilia” tensiones colectivas y/o afirma ciertos derechos del grupo gracias a su consideración simbólica; las obras de irrigación o los productos derivados (*secondary products*) “intensifican”, “hacen más eficaz” y/o “estabilizan” la producción subsistencial; los objetos exóticos o excepcionales “simbolizan” el estatus de determinados individuos o grupos; los estilos cerámicos “transmiten” información o contribuyen a crear identidad de grupo (CASTRO, LULL y MICÓ 1993: 13). Se trata, pues, de un significado funcional asignado desde “fuera” de los objetos, concretamente desde la teoría interpretativa.

Esta conclusión puede aplicarse ya a la división establecida por Binford (1962) entre items tecnológicos, sociotécnicos e ideotécnicos. Los tecnológicos se definen por poseer una función tecnológica relacionada con la transformación humana del medio físico, los sociotécnicos desempeñan un papel de articulación de lo individual en grupos sociales coherentes, mientras que los items ideotécnicos simbolizan las racionalizaciones ideológicas dentro del sistema social, constituyendo el medio simbólico de endoculturación. Resulta patente la correspondencia entre cada una de las tres clases de items y los tres subsistemas, tecnológico, social e ideológico que, a juicio de Binford, conformarían el sistema social global. Así pues, la definición de los objetos materiales se halla cargada de una significación extrínseca a los mismos, procedente de la teoría de partida. Ello se prestará a la confusión, ya que al no haber una teoría puente que determine qué requisitos físicos debe cumplir un objeto para que sea encuadrado en una u otra clase, la decisión de hacerlo recaerá en el criterio particular del investigador/a. Así, por ejemplo, los principales problemas de cara a la aplicación de este esquema surgieron a la hora de definir “contextos primarios” de uso o de discriminar entre lo sociotécnico y lo ideotécnico.

Con este proceder se construye una tipología de funciones abstractas, en lugar de una de carácter empírico y morfológico, tal y como era costumbre desde la arqueología histórico-cultural. Sin embargo, ello no supuso el abandono de las tipologías clásicas. Es cierto que la arqueología procesual no ha considerado el ejercicio tipológico dentro de sus prioridades. Ahora bien, las seriaciones tipológicas tradicionales se heredaron, a lo sumo matizadas o afinadas mediante la aplicación de criterios analítico-formales estadísticos (CLARKE 1968), y continuaron desempeñando su

5. La función adaptativa de la cultura material, en cuanto tecnología que asegura la supervivencia de una sociedad en un medio natural, había sido enunciada tiempo atrás por V. G. Childe (1984: 23, 44, 176; 1985: 33) y G. Clark (1980: 214-215).

papel en la demarcación de culturas, la definición de cronologías y, en ciertos casos, la interpretación social. Se produjo una variación, eso sí, en la menor utilización del examen tipológico-formal como medio para establecer relaciones de difusión. Para la arqueología procesual no importa tanto sugerir paralelos formales entre objetos hallados a muchos kilómetros de distancia, circunstancia que constituiría tradicionalmente una información crucial a la hora de trazar las vías de difusión y su cronología, sino que en cambio se señala que el uso de objetos alóctonos favoreció los intereses de la comunidad que los obtuvo. Así pues, la relevancia de las “importaciones” reside en tanto habrían desempeñado una función útil para el mantenimiento de un sistema social considerado como entidad autóctona.

La cuestión tipológica nos ayuda a enlazar con un tercer tema, el que hace referencia a los criterios para la definición material de las unidades de análisis con significado social, es decir, de los sistemas culturales. En la práctica investigadora, la arqueología procesual no llegó a cuestionarse radicalmente la delimitación cronológico-espacial establecida por la arqueología histórico-cultural. ¿Qué supuso esta postura? De hecho, la asimilación entre la definición de las culturas o periodos tradicionales con los nuevos sistemas socio-culturales. De este modo, la delimitación procesual de los subsistemas se efectuó en el interior de los conjuntos empíricos que habían definido las culturas arqueológicas tradicionales, a lo sumo enriquecidos, como ya hemos indicado, por un creciente volumen de datos paleoeconómicos y paleoecológicos.

La propuesta más novedosa para establecer la variabilidad del sistema cultural en su aspecto empírico procede del ámbito académico británico. Conforme a la orientación ecológica dominante, la delimitación espacial de la unidad de análisis debería coincidir con la del “nicho ecológico” donde se desarrolló un sistema cultural determinado. El desarrollo de esta primera variable para concretar una unidad de análisis arqueológica dio lugar a lo que D. L. Clarke (1972) denominó “paradigma geográfico y ecológico” que impulsó desde la década de los sesenta un notable auge de los estudios de territorio. El primer ejemplo del desarrollo de este “paradigma” lo proporciona el *Site Catchment Analysis* desarrollado principalmente por la escuela paleoeconómica de Cambridge (HIGGS 1972, 1975). En otros lugares, la investigación arqueoecológica abandonó la primigenia unidad de análisis restringida al asentamiento y su territorio de explotación inmediata, para tomar en consideración un marco conceptual que contempla la interacción dialéctica de los grupos humanos en el paisaje concebida de una forma amplia (BUTZER 1982).

Con todo, las únicas novedades destacables procedieron de la formalización y cuantificación de los elementos materiales definidores de las culturas. En este sentido, la aportación de Clarke con su *Analytical Archaeology* constituyó la formulación más elaborada de cara a la sistematización de la evidencia arqueológica. Clarke mantuvo las categorías analíticas ya propuestas por Childe (cultura, tipo, atributo) y las reformuló de modo que resultaran adaptables al concepto de sistema cultural. En primer lugar, aplicó

la noción de “grupo politético”<sup>6</sup> a la unidad de análisis, en contraposición a la concepción de cultura arqueológica como grupo monotético asumida anteriormente. En la propuesta de Clarke, el “artefacto-tipo” venía a sustituir al antiguo “fósil-director”, si bien ciertas consideraciones matizan esta afirmación. De entrada, la concepción de la unidad de análisis como grupo politético invalidaba la asunción previa de que un sólo ítem o atributo de un ítem puede considerarse como distintivo de todo un grupo de materiales asociados. Según Clarke, la correlación estadística de diversos artefactos-tipo concebidos de igual manera en cuanto a sus atributos, demarcaría la especificidad de un conjunto cultural. El propio autor manifestó que su propuesta estribaba precisamente en definir los “tipos de artefactos unitarios” y, por extensión, el resto de elementos conformadores de las unidades taxonómicas, “a partir de algo más que una base intuitiva arbitraria de discutible objetividad y una aplicación de reducidísimo alcance, imprecisa e insuficientemente definida en términos de atributos” (CLARKE 1984: 183).

Sin embargo, este tipo de metodología arqueológica no resolvía la dicotomía evidenciada en los trabajos de Childe a la hora de ajustar la ordenación de los datos con las explicaciones sociohistóricas. La alternativa de Clarke consistía en una propuesta taxonómica de los artefactos en la que se sustituye la demarcación intuitiva de los rasgos materiales por su delimitación a partir de umbrales definidos estadísticamente. En palabras del propio Clarke (1984: 143), la interpretación de la variabilidad espacial y, sobre todo, temporal, seguía permaneciendo en el campo de la arbitrariedad.

A modo de resumen de lo expuesto en este apartado, cabe señalar que la arqueología procesual asumió globalmente las entidades de agrupación material preexistentes (tipos y culturas). Ello supuso en la práctica continuar fundando las condiciones de inteligibilidad de la materialidad social a partir de relaciones entre unidades discretas (objetos arqueológicos), establecidas a nivel analógico-formal y en términos de frecuencia (recurrencia). Se renunció, en consecuencia, a establecer nuevas claves de agrupación y descripción empírica que fuesen más coherentes con las exigencias tecno-ambientales de la teoría explicativa. Se introdujeron, no obstante, ciertos aspectos destacables. Uno de los más relevantes vino dado por los esfuerzos puntuales para conseguir una formalización rigurosa y plural (politética) de los elementos materiales que conformaban cada unidad de análisis, objetivo que pretendía sentar sobre una base explícita las agrupaciones con frecuencia intuitivas del proceder tradicional. Asimismo, aparte del ya aludido incremento en la riqueza de la base empírica debido a la incorporación de datos económicos y ecológicos, se tomó conciencia de la necesidad de tratar de eliminar el filtro postdeposicional en los yacimientos, con el fin de poder reconstruir los contextos primarios de uso

6. “Un grupo politético es un conjunto de entidades en el que cada entidad posee un gran número de los atributos compartidos y cada atributo es compartido por numerosas entidades mientras que ninguno de ellos es a la vez suficiente y necesario para asegurar su calidad de miembro del grupo” (CLARKE 1984: 31).



de los objetos, es decir, contextos en que fuese posible observar espacialmente agrupaciones de objetos que revelasen la conducta de las sociedades que los utilizaron. La última de las novedades más importantes consistió en la atribución de significados funcionales a los objetos, conforme a criterios derivados de la teoría de sistemas y de la ecología humana.

### 3. Cuestiones de epistemología: contrastación, inferencia, interpretación

Para la arqueología procesual los restos arqueológicos constituyen un universo físico ordenado, producto y reflejo de las actividades humanas no azarosas que los generaron. A diferencia de la concepción escéptica tradicional, se postula que el registro contiene datos relevantes correspondientes a todos los ámbitos de la totalidad sociocultural, de modo que el único límite para su conocimiento es el establecido por nuestra propia capacidad de generar inferencias fiables y explicaciones globales.

¿De qué forma se accede al conocimiento de una sociedad del pasado? Tomando como referente el proceder hipotético-deductivo, el instrumento intelectual utilizado para acceder a dicha reconstrucción es el *modelo explicativo*. Un modelo contempla una serie de variables relevantes y establece el tipo de relaciones que mantienen entre ellas según las expectativas de una teoría general del comportamiento humano, por ejemplo, la ecología humana. Las relaciones propuestas se plantean en términos de hipótesis, a partir de las cuales se derivan determinadas expectativas de reconocimiento empírico. La investigación práctica, en forma de trabajos de campo y análisis de diverso tipo, será la encargada de verificar el cumplimiento de tales expectativas.

Los modelos enuncian los rasgos principales del funcionamiento y desarrollo de un sistema sociocultural dado. En su formulación inicial, el modelo permite incluir planteamientos derivados de la inducción y de inferencias previas. Esta permisividad, en apariencia paradójica dado el aparente rigor formal y las exigencias de explicitación del método deductivo, se entiende porque lo verdaderamente relevante en éste consiste en la contrastación empírica del modelo teórico. Si los resultados empíricos cumplen las exigencias derivadas de éste, se supone una coincidencia entre la propuesta de conocimiento y los hechos acaecidos en el pasado. Se obtiene así una contrastación positiva, con un sentido de verdad. En teoría, la acumulación de verdades, es decir, de modelos verificados inspirados desde teorías generales, conduciría a la elevación en forma de ley de los axiomas que aquéllas establecen. En suma, la arqueología cientifista defiende la realidad de su objeto (realismo) y, por extensión, la realidad de un único pasado que puede ser conocido aplicando procedimientos intelectuales adecuados. Se da por sentado que, a pesar de que la selección de información relevante constituye una empresa guiada por la teoría explicativa del investigador/a, éste/a conserva una actitud neutral respecto a la objetividad de los datos. En otras palabras, se seleccionan conscientemente segmentos del amplio

mundo material, pero dicha selección no los convierte en impresiones subjetivas.

El problema crucial reside en la contrastación, la prueba de fuego entre el modelo teórico y la materialidad arqueológica. ¿Cómo determinar que un conjunto de ideas en forma de modelo han sido verificadas o no? ¿Cómo pueden dar razón unos restos inanimados, unos materiales mudos y a menudo fragmentarios, a una u otra abstracción propuesta como hipótesis? ¿Cómo un medio esencialmente estático como es el registro arqueológico disponible en el presente de la investigación puede contrastar una propuesta teórica que trata de representar relaciones dinámicas entre grupos de individuos a lo largo del tiempo? L. R. Binford (1983a, b, 1988, 1989) ha sido uno de los investigadores que más se han esforzado en dar respuesta satisfactoria a estos interrogantes. A tal fin, ha reiterado la conveniencia de desarrollar "teorías de rango medio" (*middle-range theories*), cuya finalidad radicaría en proporcionar métodos de inferencia fiables, como única vía para tender un puente inequívoco entre las propiedades del registro estático actual y las características de un pasado dinámico.

Un primer objetivo consistiría en desvelar los vínculos causales que originaron la naturaleza y disposición de los elementos arqueológicos observables en la actualidad. Ello requiere, en primer lugar, eliminar el "ruido" posdeposicional, es decir, aquellos atributos o manifestaciones que no pertenecen a la realidad acontecida en el pasado (SCHIFFER 1987). Una vez alcanzada esta meta, el verdadero problema se plantearía al tratar de determinar la correspondencia entre determinadas disposiciones de materiales con respecto a determinados comportamientos humanos propuestos inicialmente en un modelo teórico. Esta labor no se antoja nada fácil, ya que las actividades humanas que generaron los restos arqueológicos no son directamente observables en la actualidad. De partida, tan sólo contamos con sus efectos en el plano material. Así pues, ¿cómo conocer los comportamientos originales si se han desvanecido irremisiblemente? ¿qué solución hay ante la imposibilidad de cambiar el sentido de la flecha del tiempo? La única posibilidad estriba en analizar la relación entre el comportamiento humano y sus desechos a partir de situaciones vivas actuales. De ahí se comprende que la etnoarqueología y de la arqueología experimental hayan jugado un papel primordial en los intentos por formular las citadas teorías de alcance medio (YELLEN 1977; BINFORD 1978). La investigación y la experimentación actualistas constituyen la única vía que combina el mundo de las actividades humanas y el mundo de los objetos en contextos de observación controlados por el investigador/a. La observación actualista se centraría en determinadas conductas observables y procedería a definir sus causas inmediatas y a identificar sus huellas o síntomas materiales inequívocos, de forma que pudiese garantizarse la derivación de inferencias conductuales seguras si tales huellas fuesen identificadas en el registro arqueológico.

Las teorías de alcance medio deben cumplir un requisito básico: ser independientes de las teorías generales propuestas para explicar el pasado, con el fin de evitar que la investigación arqueológica sólo

“vea” lo que quiere “ver”. Un ejemplo claro de teoría de alcance medio es el proporcionado por los métodos isotópicos de datación absoluta, como el Carbono 14. Este se basa en leyes físico-químicas que rigen la producción, asimilación y desintegración del C14. Tales leyes son independientes de la gestión humana de la materia que contiene dicho isótopo y, a la vez, permiten situar inequívocamente en una escala cronológica absoluta las manifestaciones materiales del pasado. Según el proyecto binfordiano, la construcción de un cuerpo de teorías de alcance medio proporcionaría una base metodológica neutral mediante la cual evaluar la precisión y validez de diferentes propuestas teóricas y, de este modo, hacer avanzar el conocimiento arqueológico.

Ya hemos señalado que la experimentación arqueológica y la etnoarqueología constituyen una fuente de información decisiva de cara al conocimiento de las propiedades físicas de los objetos, por lo que resultan obligados en cualquier estudio que pretenda determinar la funcionalidad de los artefactos del pasado. Asimismo, proporcionan nuevas sugerencias a la hora de plantear hipótesis sobre posibles tipos de comportamiento. Sin embargo, la propuesta de elaborar un conjunto de teorías de alcance medio se ha visto sujeta a importantes críticas fundamentadas en el uniformitarismo implícito en la base del trabajo arqueológico actualista. En este sentido, se ha argumentado que un mismo efecto, en nuestro caso una determinada configuración de restos materiales, puede haber sido producido por causas (comportamientos humanos) diferentes. Así, aunque determinados patrones actuales de deposición de elementos materiales puedan ser similares a otros documentados arqueológicamente, los comportamientos de los grupos humanos actuales responsables de dichos patrones pueden estar en función de factores muy diferentes a los existentes en el pasado. En última instancia, la tentativa de conocimiento elaborada a partir de la observación etnoarqueológica depende en muchos casos de analogías empíricas directas y, como tales, siempre abiertas al contraejemplo, porque se basan en un supuesto inductivo, a saber, la constatación reiterada de que cuando A aparece, B aparece también.

Sin embargo, pese a las objeciones recibidas, Binford ha planteado de manera correcta el gran problema que debe afrontar la arqueología como sistema de conocimiento. Indudablemente, si no somos capaces de idear una metodología que vincule el registro empírico con la teoría explicativa, no saldremos nunca de los debates basados, en el fondo, en diferencias de opinión sobre cómo creemos que funciona y funcionó el mundo. Sin embargo, a diferencia de lo que plantea Binford, la primera teoría de alcance medio que sería preciso elaborar debería tener como objetivo cualificar el mundo de los objetos arqueológicos y de sus disposiciones espaciales, independientemente del tiempo y del lugar de aparición y, asimismo, independientemente de las premisas de la teoría explicativa. Esta teoría de alcance medio pondría a los objetos, sin necesidad de recurrir a referentes comparativos concretos, en disposición de ser explicados desde una teoría. La quiebra en el esquema binfordiano consiste en que dicha cualifica-

ción adopta acríticamente las categorías del lenguaje observacional arqueológico al uso (tipos, industrias, restos de fauna, etc.) o bien se sirve de criterios procedentes de la teoría explicativa general (los ítems técnicos, sociotécnicos, ideotécnicos, en cuanto asociados a los respectivos subsistemas tecnológico, social e ideológico). Al obrar así, la significación de los objetos arqueológicos se establece a partir del significado actual de los objetos actuales, por lo que nunca saldremos de las expectativas de nuestro presente. La única referencia es entonces nuestra decisión de dar significado. De ahí que sólo quepa esperar que dicha referencia sea compartida por quienes comulgan con los criterios de significación de uno mismo. En suma, aunque discrepamos de la manera en que la arqueología binfordiana ha puesto en práctica la solución para salvar el abismo entre pasado y presente, y entre discurso teórico y realidad empírica, es indudable que posee el valor de haber planteado y afrontado de forma inédita ambas problemáticas que, a nuestro juicio, constituyen el principal escollo a la hora de elaborar un sistema de conocimiento del pasado humano.

### *3.1. La arqueología: una ciencia de las sociedades<sup>7</sup>*

La aspiración a una “arqueología social” constituía uno de los puntos básicos de la arqueología de aspiración cientifista (RENFREW 1973a). Desde los nuevos puntos de vista, se criticó fuertemente el empirismo de las arqueologías tradicionales y, sobre todo, su escepticismo respecto a la posibilidad de conocer los aspectos principales de la organización social y política de las sociedades desaparecidas.<sup>8</sup> Sobre esta cuestión, la arqueología prehistórica tradicional tan sólo alcanzó a identificar las figuras de “jefes”, “príncipes” o “reyes” mediante inferencias analógicas sobre restos materiales emblemáticos. La dinámica social se conceptualizaba en términos de difusión, aculturación o influencia, término este último que, como afirmó Childe para satisfacción del procesualismo posterior, no es más que “una confesión de ignorancia que no puede ser elevada al rango de explicación” (CHILDE 1929). En este sentido, para la arqueología procesual la carencia de fuentes escritas para buena parte de las sociedades objeto de estudio de la arqueología no debía suponer un obstáculo insalvable para el éxito de esta empresa, como alegaban los/as profesionales tradicionales, puesto que el registro empírico contiene información potencial sobre todas las esferas de la vida social (léase subsistemas del sistema social general). La clave de la solución

7. Una primera versión del texto incluido en este apartado fue avanzada en Castro, Lull y Micó (1993: 13-15).

8. Es preciso puntualizar que ciertos investigadores, entre los que destaca especialmente V. G. Childe, propusieron síntesis globales y regionales en las cuales los factores sociales y económicos jugaron un protagonismo evidente. Otros, como G. Clark, expresaron también la necesidad de interpretar los datos arqueológicos en clave socio-económica. Se trata, no obstante, de excepciones a la norma de su tiempo.



radica, como hemos comentado anteriormente, en articular la investigación de manera que los objetos mudos y estáticos que se registran en la excavación revelen el dinamismo de las pautas de organización y conducta desarrolladas en el pasado. A juicio de los/as partidarios/as de la aproximación científica, el estrecho inductivismo tradicional constituye una estrategia deficiente para alcanzar esta meta. La pretensión tradicional de “alcanzar las dimensiones sociales y espirituales de los seres humanos” del pasado se contempla como un enunciado vacío característico de un enfoque humanista y empático-hermenéutico con nulas posibilidades de proporcionar conocimientos fiables. Tan sólo mediante programas de investigación guiados por hipótesis explícitas sobre la naturaleza de lo social y con la ayuda de una metodología rigurosa y objetiva de recogida de datos y de inferencia, estaremos en condiciones de acceder a este ámbito del pasado durante tanto tiempo ignorado.

La antropología ecológico-funcional y el neoevolucionismo proporcionaron en la mayoría de los casos la materia prima de los modelos a partir de los cuales otorgar significado social a los restos arqueológicos. Se abordó el estudio de problemáticas concretas, entre las que, por el interés suscitado, podríamos destacar el origen de la agricultura y el desarrollo de la jerarquización social y la formación del Estado (BINFORD 1988). Este último es el tema “estrella” de la arqueología procesual, sobre el que existe una abundantísima bibliografía.<sup>9</sup> Su examen detenido revela los supuestos de la ontología social de esta “corriente”.

Como ya hemos señalado, todo cambio en la organización económica, social o política remite desde la perspectiva procesual a imperativos adaptativos o materiales ineludibles. En el caso que nos ocupa, la instauración de relaciones de desigualdad social constituiría una respuesta social orientada a conseguir la supervivencia de los individuos que forman el grupo. Los términos de la alternativa que se plantearía a la sociedad son claros: o extinción o incremento de la “complejidad” bajo la forma de jerarquización/estratificación. Se supone que la propia sociedad, enfrentada a la satisfacción de sus necesidades subsistenciales básicas,<sup>10</sup> se encarga de generar una serie de posiciones

directivas o gestoras (líderes) en aras del bien común, de concederles un estatuto especial y de marcarlo con atributos materiales distintivos, los llamados “objetos de prestigio”.

Cuando se afirma que la sociedad genera estas posiciones, queda sobreentendido que la sociedad en su conjunto aprueba su creación, pero no que siempre designe necesariamente a los individuos encargados de ocuparlas mediante conductos institucionales (cargos). En este punto, tiene cabida el marcado individualismo de la teoría sociológica liberal fuertemente influida por T. Parsons y de amplio eco en la investigación procesual. Así, si por un lado se considera al sistema social como una unidad capaz de tomar decisiones para su reproducción, por otro lado también se reconoce que el sujeto individual (*human agency*) o el grupo doméstico (*household*) son libres y soberanos de sus actos, el primero de los cuales consistió en dar conformidad a las normas que rigen la sociedad.<sup>11</sup> Todo el mundo cuenta con las mismas oportunidades para realizar sus deseos. A partir de ahí, utiliza las facultades, habilidades y recursos a su alcance para, en competición con otros individuos, maximizar sus objetivos económicos (*homo oeconomicus*), políticos (*homo politicus*) o cualquier otro que se suponga “natural” en nuestra especie. De este modo, el procesualismo identifica la satisfacción de los deseos individuales con el bien común, dando por sentado que el fin es correcto (la supervivencia de la sociedad por medio de una adaptación satisfactoria al medio) y que los medios para conseguirlo también lo son (competición entre individuos).

Los nuevos líderes que ocuparán los puestos de gestión y decisión satisfacen una serie de requisitos: son individuos masculinos y suelen ser los mejor dotados en términos de inteligencia, habilidad o fuerza física. Ello les confiere prestigio social y político que se expresa en correlatos materiales. Bebiendo directamente de las fuentes del neoevolucionismo antropológico, se afirma que en las sociedades más simples el *big man* encarna todas estas características y se constituye en el elemento dinámico, transformador del originario igualitarismo, que posibilita una jerarquización incipiente (SAHLINS 1963). En cambio, en otras formas sociales más evolucionadas, donde las posiciones de rango personales se transmiten hereditariamente, la competición no se establece entre todos los integrantes de la sociedad. Intervienen entonces los conceptos de “representatividad” y “legitimidad”, en virtud de los cuales un individuo asume las aspiraciones colectivas delegadas en él libre y

9. Las teorías sobre la desigualdad social y el origen del Estado son numerosas. Tema fundamental en el pensamiento moderno e ilustrado (Locke, Spinoza, Hobbes, Montesquieu, Rousseau), el siglo XIX (Comte, Durkheim, Marx, Engels, Morgan, Spencer) estableció las tradiciones explicativas de las que son herederos los enfoques actuales. Aunque a lo largo de todo este período siempre se ha mantenido vivo el interés por la cuestión, es innegable que desde los años sesenta puede observarse un incremento considerable en el esfuerzo por refinar perspectivas teóricas y enriquecer la base empírica referente al proceso o procesos que conducen a la estatalidad. No es este el lugar para exponer una síntesis de este conjunto de teorías y de investigaciones concretas, y por ello nos remitimos a una serie de títulos en los que puede hallarse información específica y de conjunto sobre todas ellas (ADAMS 1966, CARNEIRO 1970, CLAESSEN y SKALNIK 1978, CHILDE 1986, COHEN y SERVICE 1978, FLANNERY 1975, FRIED 1967, GALL y SAXE 1978, HAAS 1982, HARRIS 1985B, 1987, O'SHEA 1981, RATHJE 1971, REDMAN 1978, SANDERS y WEBSTER 1978, SERVICE 1984, WITTFOGEL 1966, WRIGHT y JOHNSON 1975).

10. La satisfacción de tales necesidades requiere soluciones diferentes en cada caso, que pasan a conceptualizarse como los “motores” del cambio. Así, según las zonas y las épocas, factores como el comercio, la guerra, la necesidad de coordinar o ampliar el alcance de las labores agrícolas, la lucha contra la incertidumbre en la provisión anual de alimentos mediante el “almacenaje social” o la necesidad de regulación de los flujos de información se encuentran a menudo en la base de las explicaciones sobre la evolución de la humanidad.

11. Las teorías sociológicas adoptadas por la arqueología procesual presuponen que la vida social fue fundada mediante un acuerdo o comunidad de intereses individuales, una premisa que remite a la idea iusnaturalista de un contrato social.

voluntariamente. Pasa entonces a constituirse en elemento dinamizador de su grupo y de los que entran en contacto con él gracias al mismo mecanismo que medió en la desigualdad originaria: la dinámica "competición-interacción", esta vez mantenida entre élites por mecanismos de emulación (la *peer polity interaction* y las economías de "bienes de prestigio") y/o bien por guerra y conquista. La maleabilidad de la "sociología de la competencia" permite su aplicación tanto en un marco explicativo ecológico-adaptacionista, como en el menos funcionalista que supone la maximización de las necesidades y deseos individuales o grupales como tendencia natural de la humanidad.

A modo de síntesis preliminar, conviene retener de cara a la argumentación que desarrollaremos a continuación que la perspectiva sociológico-antropológica adoptada por la arqueología procesual considera que el mérito individual constituye una condición para el beneficio común, y que ambas premisas subyacen en la conceptualización de los orígenes de la desigualdad social. Así pues, ciertos individuos destacados desempeñan *roles* útiles de cara a la supervivencia social y, como consecuencia de ello, pueden pasar a ocupar posiciones jerárquicas de *rango* más o menos institucionalizadas, respecto a las cuales se supone una aprobación colectiva (*prestigio*) y que son simbolizadas mediante la ostentación de determinados *ítems* de uso restringido (*bienes de prestigio*). Los conceptos subrayados aquí (rol, rango, prestigio), así como el más amplio de *estatus*, que designa el conjunto de los roles sociales, sean o no de rango, desempeñados por un individuo, poseen como veremos una enorme importancia a la hora de valorar los resultados cognoscitivos de la "arqueología social" procesualista.

Es el momento de ocuparnos acerca de cómo las investigaciones procesuales establecieron los mecanismos concretos mediante los cuales la desigualdad social cobró carta de naturaleza. En otras palabras, resta por definir las causas concretas que propiciaron la aparición y el desarrollo de dicha desigualdad (el llamado "incremento de la complejidad social"), así como las formas sociopolíticas conforme a las cuales ésta se expresó. Como comprobaremos a continuación, la antropología neoevolucionista va a jugar un papel decisivo en ello.

Resulta evidente que las sociedades se transforman y que su polimorfia es notable. Sin embargo, ¿se debe esta multiplicidad al azar de los eventos sociales, a la difusión aleatoria de rasgos, a la idiosincrasia cultural irreductible? La respuesta es negativa. Los/as defensores/as de una arqueología científica comparten la creencia de que las sociedades funcionan y se transforman en respuesta a imperativos causales que la arqueología está en disposición de conocer y formular en enunciados generales o, al menos, de representar en forma de modelos para evaluar su grado de ajuste con las evidencias empíricas. De cualquier manera, desde esta perspectiva se asume que la evolución de la humanidad se ha regido por factores determinados y se ha llevado a cabo de manera ordenada, siguiendo una escala gradual de creciente complejidad organizativa, jerarquía política e intensificación económica. La nueva arqueología social ha hecho un amplio uso de las tipologías de evolución social elaboradas

desde el neoevolucionismo antropológico (FRIED 1967; SERVICE 1962, 1984),<sup>12</sup> heredadas de las elaboradas por L. MORGAN y E. TYLOR en la segunda mitad del siglo XIX. En ellas se presenta el encadenamiento de una serie de tipos abstractos de organización social: sociedades igualitarias, jerarquizadas, estratificadas y estatales en el caso de Fried, y segmentarias, jefaturas y civilizaciones en Service.

La definición de cada estadio o tipo evolutivo parte de considerar como prioritario el grado de centralidad política y el reflejo institucional de este liderazgo. Así, a partir del material empírico proporcionado por diversos grupos documentados etnográficamente en todo el mundo, se elaboró una gradación que se inicia en las posiciones situacionales de autoridad propias de sociedades igualitarias hasta alcanzar las formas institucionalizadas del poder estatal, pasando por las sociedades de grandes hombres y las jefaturas. A continuación, a cada uno de los estadios de esta gradación se incorporan los elementos económicos, parentales e ideológicos que se asocian con mayor frecuencia a los criterios políticos de referencia. En consecuencia, cada estadio constituye un tipo ideal, síntesis de factores comunes observados en determinadas actividades humanas y, a la vez, en grupos distantes geográficamente. Ello quiere decir que el contenido de cada estadio se define de manera inductiva y analógica. Este proceder estaba orientado a detectar regularidades interculturales, con la esperanza de llegar a formular algún tipo de relaciones causales universales que explicasen la aparente variabilidad de las culturas actuales y, por ende, que explicasen también los mecanismos a partir de los cuales obró la evolución social en tiempos pasados. Obviamente, con esta pretensión el neoevolucionismo se oponía al programa del particularismo cultural imperante en antropología y arqueología durante la primera mitad del siglo XX.

En síntesis, la construcción de tipologías de evolución social asume dos premisas básicas:

(1) El camino que inició la humanidad hace varios millones de años ha implicado una evolución social desde formas organizativas simples hacia otras cada vez más "complejas" o con mayor grado de diferenciación interna, siendo la sociedad occidental el exponente más desarrollado de éstas. El unilinealismo que supone esta concepción recibió numerosas críticas desde el momento de su aplicación en la antropología de finales del siglo XIX. Con el fin de salvar tales objeciones, en los últimos tiempos se han propuesto diferentes soluciones que contemplan la multilinealidad

12. Sin lugar a dudas, los esquemas de Fried y Service han sido los más ampliamente empleados en arqueología. Conviene no olvidar su deuda con los trabajos precursores de Steward (1955) y White (1949, 1959), de quienes aquéllos fueron discípulos. En las discusiones mantenidas entre éstos últimos durante la década de los cincuenta se plantearon cuestiones tan relevantes posteriormente como el papel del cambio tecnológico en la evolución humana y la diferenciación entre evolución unilineal y multilineal. Steward y White se consideran los protagonistas de la restauración nomotética en la antropología norteamericana en los años cuarenta y cincuenta, así como los "padres" de los enfoques materialistas (ecología cultural, materialismo cultural) de tan amplio eco en las disciplinas humanas de las últimas décadas (véase HARRIS 1985a).

en el desarrollo (SANDERS y WEBSTER 1978), así como la posibilidad de “involuciones”, crisis y colapsos (RENFREW 1979; Tainter 1988; YOFFEE y COWGILL 1991).

(2) Las sociedades “primitivas” que la etnografía ha documentado y estudiado constituyen “reliquias” o, en todo caso, exponentes de formas de vida ya superadas por la civilización occidental (ALCINA 1989: 22-25). Siendo así, su estudio nos permitirá conocer los condicionantes y procesos que han regido la evolución general y, en particular, la del mundo occidental. El proceder consistente en utilizar la sincronía ajena para establecer la diacronía del pasado propio forma parte de las condiciones de posibilidad de las disciplinas sociales y puede retrotraerse como mínimo al pensamiento de la Edad Moderna europea. El aserto de que “en los tiempos primitivos todo el mundo era una especie de América” (LOCKE 1985: 49; véase también MEEK 1981) (la América que encontraron los conquistadores europeos) testimonia la creencia muy arraigada en occidente consistente en considerar que las formas de organización social diferentes, en particular si no son deseables o acordes con las expectativas de las clases dominantes del Primer Mundo, constituyen situaciones “superadas” por el desarrollo europeo o bien “desviadas” respecto a la línea de desarrollo de mayor éxito (la nuestra).

Hemos señalado anteriormente que la investigación emprendida desde la antropología neoevolucionista cobra sentido en el marco de la búsqueda de regularidades empíricas en la conducta humana, con independencia del tiempo y del lugar en que se manifestasen. De ahí que el proyecto antropológico neoevolucionista resultase atractivo para la arqueología, circunstancia que no debe ser de extrañar si tenemos en cuenta que la propia arqueología “nació” bajo el signo del evolucionismo decimonónico. De esta forma, muchos/as de los/as partidarios/as de la arqueología procesual consideraron oportuno y necesario tratar de identificar en el registro arqueológico de un territorio aquellos elementos materiales que testimoniasen la existencia de algunos o todos los estadios de evolución social definidos desde la antropología. Se abrió entonces un amplio campo de investigaciones que, partiendo de manifestaciones o facetas específicas de la fenomenología arqueológica (como por ejemplo, las deposiciones funerarias, la organización del poblamiento, las formas de producción de alimentos o la distribución espacial de los objetos como reflejo de modalidades de intercambio de bienes), tenía como objetivo definir los umbrales de complejidad social subyacentes en los restos materiales. Estas líneas de investigación permiten explicar la proliferación de las especialidades profesionales típicamente procesualistas (arqueologías de la muerte, espacial, económica, medioambiental, etc.).

Sin embargo, la principal objeción que cabe plantear a este enfoque resulta similar a la que señalamos en relación al proyecto binfordiano de generar un cuerpo de teorías de alcance medio: la selección de los segmentos empíricos que deberían identificar inequívocamente uno u otro de los tipos sociales no obedece a una teoría previa sobre el valor de tales objetos y de su disposición arqueológica, sino que depende de

asociaciones empíricas de raíz inductiva. Tales asociaciones proporcionan una impresión de cierta “familiaridad”, muchas veces como consecuencia de la focalización de la investigación en áreas determinadas. Así, por ejemplo, se reconoce una sociedad estatal en el registro arqueológico de una región si algunos elementos materiales se hallan próximos por analogía formal o por inferencia de vecindad a los rasgos de las sociedades que en un momento dado han sido consideradas como los paradigmas de la estatalidad, básicamente las formas “prístinas” de Mesopotamia y Egipto. Esta postura empírico-analógica condena a la creación infinita de nuevas casillas-estadio donde colocar los grupos analizados que no se ajustan a los criterios establecidos. Niega, por supuesto, la historia y la especificidad resultante de soluciones o conflictos inéditos, ya que proporciona la ilusión de pensar que se tienen “controladas” (conocidas) todas las posibilidades de la experiencia e inventiva humana en materia de organización social. Y no sólo eso, sino que incluso la propia inventiva estaría predicha: la sociedad de jefaturas desembocará en un Estado, a menos, claro está, que medie un colapso tipo catástrofe ecológica o guerra exterior; de ser así tampoco importa, por debajo todavía tenemos las ya conocidas “tribus” y/o las “sociedades igualitarias/segmentarias”.

Uno de los motivos del éxito de las tipologías neoevolucionistas en arqueología reside en que proporcionan un esquema de referencia que permite caracterizar en clave social, económica y política los restos materiales del yacimiento o la región en estudio; en otras palabras, proporcionan esquemas analógicos de uso relativamente sencillo. Presentan posibilidades comparativas en sintonía con la actitud que nutre e informa todo el trabajo arqueológico, desde la identificación e interpretación de los restos exhumados hasta las inferencias sobre el grupo que los produjo. La perspectiva neoevolucionista permite modelizar el proceso, es decir, el sistema cultural dinámico a su paso por diferentes estadios de cambio. El hecho de que cada uno de los estadios evolutivos posea una definición a la que se ajustan correlatos materiales y tecnológicos identificables en el registro material, facilita y posibilita el procedimiento. Además, confiere a los restos materiales mudos las sugerentes y vívidas imágenes sociales que describe la etnografía contemporánea.

Entre todas estas categorías, posiblemente la “jefatura” haya obtenido la mejor acogida en el estudio de la Prehistoria europea. Decenas de sociedades y culturas desde el Neolítico hasta la conquista romana han sido clasificadas en dicho estadio. Tal vez su condición de fase “puente” en el salto cualitativo que separa las sociedades igualitarias de las estratificadas y estatales haya contribuido decisivamente a su amplia utilización. Distinguir únicamente entre igualitarismo y estatalidad supondría una polarización excesivamente simplista que no se ajusta a la variabilidad de formas sociales constatadas etnográfica y arqueológicamente. Es este amplio espacio el que pretenden ocupar las jefaturas; es también el espacio de su fracaso, puesto que la adición de una categoría más no ha logrado el objetivo de aprehender la multiplicidad de los grupos humanos. La generación de una tipología adicional de

jefaturas (EARLE 1987; RENFREW 1973b) es síntoma de esta especie de "huida hacia adelante" inherente a toda actitud de investigación que confunde conocimiento con clasificación.

No todos/as los arqueólogos/as partidarios/as de dotar a la arqueología de una estructura científica se han mostrado a gusto con las definiciones sociales de la antropología neoevolucionista, pero lo que resulta innegable es que la aplicación de sus claves de interpretación (bandas, sociedades jerarquizadas, jefaturas, etc.) ha gozado de una acogida muy favorable, incluso entre quienes se apartan menos de una consideración histórico-cultural de la arqueología. ¿En qué ha consistido y qué ha supuesto este éxito?

En pocas palabras, la llamada "nueva arqueología" pasó pronto de la aspiración a contrastar modelos científicos para generar leyes universales de la cultura<sup>13</sup> a la práctica de ilustrar relatos antropológicos. Y precisamente en dicha práctica confundió su epistemología con la propia de las perspectivas histórico-culturales. Anteriormente, hemos mostrado cómo, en el plano ontológico, la arqueología procesual asumió la ordenación empírica propuesta en las unidades de análisis tradicionales (periodos, culturas) sin cuestionarla rigurosamente. En lo que respecta al plano epistemológico, en ausencia de un completo cuerpo de teorías de rango medio independientes de la teoría sociológica general, la única vía procesualista para llevar a cabo una "arqueología social" ha consistido en interpretar los objetos del pasado de forma analógica, según claves de significación sociopolítica establecidas desde un presente etnográfico supuestamente conocido. Es precisamente sobre este punto desde donde parte nuestra última consideración crítica.

Al inicio de este apartado mostramos los planteamientos sociológicos subyacentes en la "arqueología social" procesualista. En síntesis, tales planteamientos consideran al individuo como una entidad abstracta dotada de voluntad autónoma y como unidad básica del agregado social. El análisis social, anclado en la acción individual, es abordado mediante los conceptos de rol, rango, prestigio y estatus. A su vez, dichos conceptos proporcionan los criterios clave a la hora de discernir grados de centralidad política y liderazgo y, con ello, sientan las bases para establecer las tipologías de evolución socio-política. Ahora bien, ninguno de los cuatro conceptos citados, como tampoco su articulación conjunta o su derivación en tipos sociales ideales, resultan explicativos. Su orientación es descriptiva, es decir, ordenan según ciertos criterios la dimensión fenomenológica de las relaciones interindividuales designadas como políticas y, entre éstas, las específicamente vinculadas a las formas de liderazgo.<sup>14</sup> En consecuencia, el proyecto de una "arqueología social" procesualista constituye, de hecho, un intento de poner en práctica una "arqueología

política" básicamente clasificatoria. ¿Qué acarrea y adónde nos conduce este proyecto?

Fundamentalmente, obliga a la arqueología a asumir que su objeto de conocimiento son las relaciones políticas, entendidas como el ámbito privilegiado de las relaciones sociales. Por tanto, supone admitir una causalidad de signo idealista e individualista en la explicación del devenir social, lo cual no es defendible ni desde una postura científica general ni desde las posibilidades de la arqueología como disciplina específica. Basamos esta afirmación en un razonamiento que considera las características y los límites epistemológicos de la arqueología. Para iniciar dicho razonamiento, situémonos en el punto de partida de una hipotética investigación procesualista. El análisis de la materialidad arqueológica permite identificar funciones realizadas por agentes sociales que, así entendidas, podrían ser equiparadas a la definición de roles. Al hacerlo, todavía no habríamos abandonado el plano descriptivo. El problema surgiría al abordar el plano inferencial implicado en mostrar la existencia o no de roles jerárquicos, es decir, de posiciones de rango. A tal fin, resultaría necesario valorar comparativamente la materialidad asociada a cada rol. Sólo si se observan diferencias materiales entre roles dispondremos de base argumental para proponer la existencia de una posición de rango. Por lo general, la presencia de una limitada cantidad de objetos singulares, ya sea por haber requerido un proceso de trabajo más elaborado y/o por estar fabricados en materias primas alóctonas, suele dar pie a considerarlos "ítems de prestigio" y a interpretarlos como indicadores de posiciones de rango.

Este proceder indica, por un lado, una propuesta de identificación de tales posiciones que, en sí misma, es de tipo inferencial. Ahora bien, ¿qué elemento sustenta o permite "explicar" esta inferencia? *La noción de prestigio*. Es aquí donde radica la quiebra epistemológica en términos estrictamente arqueológicos, ya que el prestigio no es mostrable ni contrastable materialmente. El prestigio es un concepto que alude a un sentimiento colectivo de orden ideal-psicológico; el prestigio *no es* identificable materialmente, sino que *es conferido* mental o subjetivamente.<sup>15</sup> Por tal razón, nunca podremos confirmar si la presencia restringida de los "ítems de prestigio" responde precisamente a una motivación relacionada con el prestigio. Con otras palabras, el empleo de conceptos pretendidamente explicativos cuya transitividad arqueológica (material) es imposible revela una deficiencia epistemológica; en este caso una limitación al objetivo de conocer la sociedad que produjo la materialidad que hoy designamos como arqueológica. Así pues, ni el concepto de prestigio (cuyo campo semántico es a menudo designado erróneamente con el término "estatus"), ni, evidentemente, la supuesta competición emulativa o interacción al que suele ser asociado, explican ni pueden explicar la producción de los objetos ni tampoco su presencia diferencial en las unidades arqueológicas con sentido social (viviendas, necrópolis, poblados, ciudades, etc.).

13. En este sentido, resulta emblemático el relativamente temprano desmarque protagonizado por K. Flannery (1973), respecto a la pretensión nomotética de la nueva arqueología. Recordemos que este investigador fue precisamente uno de sus primeros impulsores.

14. En relación a este tema, puede consultarse el análisis crítico de la dimensión exclusivamente descriptiva del término "estatus" publicado en Lull y Picazo (1989).

15. En este sentido, el prestigio formaría parte de la dimensión "emic", tal y como ha sido definida por la antropología (HARRIS 1985b).

#### 4. El papel social de la arqueología. Filosofía de la ciencia y proyecto ilustrado

La arqueología procesual ha sido caracterizada como un proyecto básicamente anglosajón y, en este sentido, vinculado a los intereses y expectativas de las clases capitalistas más poderosas del mundo. Sin embargo, aunque esta asociación pueda ser genéricamente correcta, tal vez conduzca a emitir juicios de valor excesivamente simplistas sobre toda la filosofía implícita en las propuestas arqueológicas de aspiración científica. En el presente trabajo consideraremos brevemente la cuestión del papel social de la arqueología, ya que su tratamiento en extensión resulta más oportuno cuando emprendamos en otro lugar el análisis de las arqueologías críticas "postprocesuales" o "postmodernas".

A nuestro juicio, la cuestión de la proyección social de la arqueología procesual debería enfocarse desde dos puntos de vista. En primer lugar, valorando la utilidad de su iniciativa como proyecto de conocimiento y, en segundo, examinando el papel de las propuestas sustantivas sobre el funcionamiento y dinámica de las sociedades.

Como proyecto de conocimiento, el programa procesual se alinea con la pretensión del pensamiento ilustrado. En éste, la reflexión racional encarnada en la ciencia es depositaria de las esperanzas de progreso social, en cuanto supone la vía para la mejora de las condiciones de vida de los individuos. Por un lado, el desarrollo de la ciencia permitiría el dominio tecnológico de la sociedad sobre la naturaleza, lo cual posibilitaría la satisfacción de las necesidades biológicas básicas de los seres humanos. Por otro lado, el estudio científico de los hechos sociales, es decir, los hechos de convivencia entre individuos en el seno de colectividades, habría de contribuir a una mejora de la organización de las mismas, de forma que los individuos alcanzasen mayores cotas de libertad, igualdad y fraternidad (justicia social). En suma, la ciencia se considera un medio objetivo para el conocimiento verdadero del funcionamiento social y un instrumento para la consecución del bienestar social.

Hallar un procedimiento inequívoco para dirimir lo acertado o no de los enunciados realizados sobre el funcionamiento de cualquier manifestación de la realidad resulta un objetivo deseable y, a la vez, insoslayable. Nuestra labor como intelectuales debe estar guiada por esta pretensión, que, además, constituye en rigor una de las metas principales de cara a justificar socialmente nuestra actividad. El riesgo que siempre acecha en las disciplinas sociales estriba en presentar versiones subjetivas bajo la pretensión de que no lo son, es decir, de que son científicas. Tal riesgo sólo puede ser conjurado mediante la reflexión, la explicitación y la discusión de nuestras premisas ontológicas y epistemológicas. En este sentido, la arqueología procesual obró correctamente al defender esta necesidad y al denunciar los procedimientos subjetivos, impresionistas o personalistas de las prácticas tradicionales. Quienes desde estas últimas posiciones respondieron tachando de "elucubraciones teóricas" a las cuestiones planteadas por el debate sobre

el estatuto científico de la arqueología delataron que su propia labor era inconsciente, si no socialmente irresponsable.

No obstante, si bien aprobamos lo conveniente del planteamiento del debate procesual sobre la científicidad en arqueología, no podemos por menos que lamentar que sus líneas de investigación más prometedoras no hayan tenido la continuidad que merecen. La lucidez que subyace en la propuesta binfordiana sobre la necesidad de elaborar teorías puente entre enunciados y realidades, o bien el rigor explícito de la arqueología analítica de Clarke anunciaron caminos de investigación que (todavía) no han sido explorados satisfactoriamente. En su lugar, los estudios emparentados con la arqueología procesual de estas tres últimas décadas han ido equiparándose en procedimiento a la larga tradición empirista e histórico-cultural de la disciplina. Las novedades detectables son más de tono que de naturaleza. De este modo, los restos arqueológicos han dejado de ser interpretados a la luz de la difusión cultural para pasar a ser entendidos como las manifestaciones de sistemas y procesos autóctonos reconocidos desde el discurso antropológico neoevolucionista.

Desde esta base, estamos en mejores condiciones para valorar el papel sociopolítico de las propuestas sustantivas sobre el pasado elaboradas desde la arqueología procesual. Como hemos mostrado al examinar las características de la arqueología social (apartado 3.1), las interpretaciones procesuales sobre el funcionamiento y dinámica de las sociedades se basan en las siguientes premisas: (1) la organización sociopolítica responde a imperativos causales radicados en la interacción medio-tecnología-demografía; (2) dadas unas determinadas condiciones tecno-demográfico-ambientales, la organización social refleja un consenso unitario de voluntades y (3) dadas ciertas condiciones tecno-demográfico-ambientales, el individuo, competidor y al tiempo funcionalmente competente, actúa como vertebrador de la organización sociopolítica.

Probablemente no sea casual que tales premisas, acordes con las doctrinas del liberalismo burgués, hayan sido ampliamente aceptadas y financiadas desde las instituciones públicas y privadas de algunos de los países capitalistas más ricos del mundo. Dada esta fundada sospecha, resultaría fácil denunciar el papel de la arqueología como cómplice en la legitimación de las estrategias de explotación y alienación desarrolladas desde estos países. Desde el punto de vista de la lucha política, esta denuncia es pertinente y debe pasar por denunciar la falacia que supone considerar al individuo maximizador abstracto como protagonista de la historia, por mostrar los fundamentos reales de las claves interpretativas procesuales y también por desocultar aquellos ámbitos de la producción de la vida social negados desde dichas claves.

No obstante, si además de ello deseamos fundar nuestra crítica no sólo defendiendo una ética y una política contrarias a las manifestadas por las teorías liberales, sino desde un programa de conocimiento que permita desechar *sobre una base científica* las versiones emanadas desde estas teorías, entonces deberemos proponer una nueva racionalidad teórico-metodológica para la arqueología. Para ello habrá que asumir muchos de los retos planteados por el procesualismo,

analizar los avances realizados en ese sentido, identificar las incorrecciones e idear nuevas soluciones.

A modo de resumen final, podemos concretar en una serie de puntos los planteamientos de la arqueología de los procesos sociales potenciada desde los años sesenta:

1. En el plano ontológico, el sistema sociocultural se concibe como un todo integrado, cuya principal finalidad es seguir siéndolo. Analíticamente, se divide en esferas o subsistemas en continua interacción (*feedback*), cuyo funcionamiento se orienta al cumplimiento del objetivo común adaptativo. Los subsistemas directamente implicados en la obtención de los recursos vitales (alimentos y materias primas) influyen decisivamente, o incluso llegan a determinar por completo, la forma y características de los restantes.

2. Normativismo y consenso en cuanto a las relaciones sociales. Los intereses generales (supervivencia como subsistencia) coinciden con los individuales (maximización de las capacidades en la competición política) y se plasman en una variedad estructurada y finita de formas organizativas (tipologías sociales). "Rol", "prestigio", "estatus", "competición" e "interacción" son nociones políticas clave de valor general, aplicables al estudio universal de la dinámica y cambio sociales. Sin embargo, el procesualismo no ha desarrollado una teoría arqueológica que permita identificar tales nociones político-subjetivas intrínsecamente desde la propia materialidad arqueológica (misión ciertamente difícil al tratarse de categorías de descripción y explicación absolutamente idealistas). Por el contrario, la nueva arqueología ha procedido a definir y caracterizar procesos sociopolíticos conforme una metodología analógica a partir de los trabajos de la antropología neoevolucionista; es decir, de un saber procedente de "otro lugar" y respecto al cual no se han establecido los mínimos puentes inequívocos con la materialidad arqueológica.

3. En la tónica del discurso antropológico, se enuncia que todas las sociedades pueden clasificarse en uno u otro grado de una escala de complejidad creciente expresada en tipos sucesivos. Cada uno de tales tipos viene definido fundamentalmente por determinadas formas de organización político-parental, estrategias de subsistencia (caza-recolección, variantes de cultivo agrícola) y especialización artesanal.

4. En cuanto a la definición material del objeto de estudio, la nueva arqueología ha adoptado de la arqueología tradicional, por lo general acríticamente, la ordenación del registro en culturas arqueológicas. En la práctica, ello ha implicado la equiparación entre "cultura" y "sistema" y, en consecuencia, ha sinonimizado "cambio cultural" y "proceso".

5. La arqueología ha desarrollado múltiples especialidades metodológicas con el fin de registrar y analizar aquellos elementos y pautas empíricos con potencial informativo acerca de lo social. Sus efectos positivos en la investigación han consistido en la necesidad de razonar y explicitar todos los supuestos que guían la práctica arqueológica. La principal objeción se deriva de la falta de teorías que enlacen los enunciados de partida (modelos) con las manifestaciones materiales que se pretende explicar. Esta carencia ha propiciado que el proyecto de una arqueología nomotética haya sido desplazado en la práctica por una hermenéutica de raíz antropológica, tal y como hemos expresado en el punto 2 de este resumen.

Vicente Lull

Rafael Micó

Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament d'Antropologia Social i Prehistòria  
08193 Bellaterra (Barcelona)



## Bibliografía

---

- ADAMS, R. Mc. 1966  
ADAMS, R. Mc., *The Evolution of Urban Society*, Aldine, Chicago.
- ALCINA, J. 1989  
ALCINA, J., *Arqueología antropológica*, Akal, Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M. 1985  
ALMAGRO BASCH, M., *Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo*, Labor, Barcelona.
- ARRIBAS, A. 1981  
ARRIBAS, A., *Lecciones de prehistoria*, Teide, Barcelona.
- ASHBY, W. R. 1956  
ASHBY, W. R., *An Introduction to Cybernetics*. Chapman & Hall, Londres (trad. cast. *Introducción a la cibernética*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1976).
- BELTRAN, A. 1988  
BELTRAN, A., *Ser arqueólogo*, Fundación Universidad-Empresa, Madrid.
- BERTALANFY, L. VON 1976  
BERTALANFY, L. VON, *Teoría general de los sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México (original 1968).
- BINFORD, L. R. 1962  
BINFORD, L. R., "Archaeology as anthropology", *American Antiquity*, 28, pp. 217-225.
- BINFORD, L. R. 1978  
BINFORD, L. R., *Nunamiut Ethnoarchaeology*, Academic Press, Nueva York.
- BINFORD, L. R. 1983a  
BINFORD, L. R., "Objectivity-Explanation-Archaeology-1981", en *Working at Archaeology*, Academic Press, Nueva York, pp. 45-55.
- BINFORD, L. R. 1983b  
BINFORD, L. R., "Middle-range Research and the Role of Actualistic Studies", en *Working at Archaeology*, Academic Press, Nueva York, pp. 411-422.
- BINFORD, L. R. 1988  
BINFORD, L. R., *En busca del pasado*, Crítica, Barcelona (original, 1983).
- BINFORD, L. R. 1989  
BINFORD, L. R., *Debating Archaeology*, Academic Press, San Diego.
- BINFORD, S. R. y BINFORD, L. R. 1968  
BINFORD, S. R. y BINFORD, L. R. (eds.), *New Perspectives in Archaeology*, Aldine, Chicago.
- BOSERUP, E. 1967  
BOSERUP, E., *Las condiciones del desarrollo de la agricultura. La economía del cambio agrario bajo la presión demográfica*, Tecnos, Madrid.
- BROTHWELL, D. y HIGGS, E. 1973  
BROTHWELL, D. y HIGGS, E. (eds), *Ciencia en arqueología*, Fondo de Cultura Económica, México (original 2.ª ed., 1969).
- BUNGE, W. 1966  
BUNGE, W., *Theoretical Geography*, The Royal University of Lund, Lund.

- BUTZER, K. 1982  
 BUTZER, K., *Archaeology as Human Ecology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- CARDOSO, C. F. S. 1982  
 CARDOSO, C. F. S., *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia*, Crítica, Barcelona (original 1980).
- CARNEIRO, R. 1970  
 CARNEIRO, R., "A Theory of the Origins of the State", *Science*, 169, pp. 733-738.
- CASTRO, P. V., CHAPMAN, R. W., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E. 1996a  
 CASTRO, P. V., CHAPMAN, R. W., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E., "Teoría de las prácticas sociales", *Complutum*, extra 6, vol. II, homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda, pp. 35-48.
- CASTRO, P. V., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E. 1996b  
 CASTRO, P. V., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M. E., "Teoría de la producción de la vida social", *I Congreso Iberoamericano de Arqueología Social*, Universidad Internacional de Andalucía, Santa María de La Rábida 17-21 de junio de 1996 (en prensa).
- CASTRO, P. V., LULL, V. y MICÓ, R. 1993  
 CASTRO, P. V., LULL, V. y MICÓ, R., "La fragilidad del método hipotético-deductivo en la arqueología procesual", en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, pp. 9-19.
- CHALMERS, A. 1986  
 CHALMERS, A., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Siglo XXI, Madrid.
- CHILDE, V. G. 1929  
 CHILDE, V. G., *The Danube in Prehistory*, Oxford University Press, Oxford.
- CHILDE, V. G. 1984  
 CHILDE, V. G., *La evolución social*, Alianza, Madrid (orig. 1950).
- CHILDE, V. G. 1985  
 CHILDE, V. G., *Qué sucedió en la historia*, Planeta-Agostini, Barcelona (orig. 1942).
- CHILDE, V. G. 1986  
 CHILDE, V. G., *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México (original, 1936).
- CHORLEY, R. J. y HAGGETT, P. (eds.) 1967  
 CHORLEY, R. J. y HAGGETT, P. (eds.), *Models in Geography*, Methuen, Londres.
- CLAESSEN, H. y SKALNIK, P. (eds.) 1978  
 CLAESSEN, H. y SKALNIK, P. (eds.), *The Early State*, Mouton, La Haya.
- CLARK, G. 1980  
 CLARK, G., *Arqueología y sociedad*, Akal, Madrid (original, 1939).
- CLARKE, D. L. 1968  
 CLARKE, D. L., *Analytical Archaeology*, Methuen, Londres (trad. cast. *Arqueología analítica*. Bellaterra, Barcelona, 1984).
- CLARKE, D. L. (ed.) 1972  
 CLARKE, D. L. (ed.), *Models in Archaeology*, Methuen, Londres.
- COHEN, R. y SERVICE, E. (eds.) 1978  
 COHEN, R. y SERVICE, E. (eds.), *Origins of the State, The Anthropology of Political Evolution*. Institute for the Study of Human Issues, Filadelfia.
- DANIEL, G. 1977  
 DANIEL, G., *El concepto de prehistoria*, Labor, Barcelona (original 1960).
- EARLE, T. K. 1987  
 EARLE, T. K., "Chieftdoms in Archaeological and Ethnohistorical perspective", *Annual Review of Anthropology*, 16, pp. 279-308.
- FLANNERY, K. 1973  
 FLANNERY, K., "Archaeology with a Capital 'S'", en REDMAN, Ch. L. (ed.), *Research and Theory in Current Archaeology*, John Wiley and Sons, Nueva York, pp. 47-53.
- FLANNERY, K. 1975  
 FLANNERY, K., *La evolución cultural de las civilizaciones*, Anagrama, Barcelona.
- FRIED, M. 1967  
 FRIED, M., *The Evolution of Political Society. An Essay in Political Anthropology*, Random House, Nueva York.
- FRITZ, J. M. y PLOG, F. 1970  
 FRITZ, J. M. y PLOG, F., "The Nature of Archaeological Explanation", *American Antiquity*, 35 (4), pp. 405-412.
- GALL, P. y SAXE, A. 1977  
 GALL, P. y SAXE, A., "The Ecological Evolution of Culture: the State as Predator in Succession Theory", en ERICSON, J. y EARLE, T. K. (eds.), *Exchange Systems in Prehistory*, Academic Press, Nueva York.
- HAAS, J. 1982  
 HAAS, J., *The Evolution of Prehistoric State.*, Columbia University Press, Nueva York.
- HARRIS, M. 1985a  
 HARRIS, M., *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI, Madrid (original 1968).
- HARRIS, M. 1985b  
 HARRIS, M., *El materialismo cultural*, Alianza, Madrid (original 1979).

- HARRIS, M. 1987  
HARRIS, M., *Caníbales y reyes*, Alianza, Madrid (original 1977).
- HEMPEL, C. G. 1979  
HEMPEL, C. G., *La explicación científica*, Paidós, Buenos Aires (original 1965).
- HENDERSON, J. (ed.) 1989  
HENDERSON, J. (ed.), *Scientific Analysis in Archaeology*, Oxford University Committee for Archaeology, Oxford.
- HIGGS, E. (ed.) 1972  
HIGGS, E. (ed.), *Papers in Economic Prehistory*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HIGGS, E. (ed.) 1975  
HIGGS, E. (ed.), *Palaeoeconomy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LAMING-EMPERAIRE, A. 1984  
LAMING-EMPERAIRE, A., *La arqueología prehistórica*, Martínez Roca, Barcelona.
- LOCKE, J. 1985  
LOCKE, J., *Ensayo sobre el gobierno civil*, Orbis, Barcelona (original 1690).
- LULL, V. 1988  
LULL, V., "Hacia una teoría de la representación en arqueología", *Revista de Occidente*, 81, pp. 62-76.
- LULL, V. e.p.  
LULL, V., "Teoría de los objetos arqueológicos".
- LULL, V. y MICÓ, R. 1997  
LULL, V. y MICÓ, R., "Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7, pp. 107-128.
- LULL, V. V. y PICAZO, M. 1989  
LULL, V. V. y PICAZO, M., "Arqueología de la muerte y estructura social", *Archivo Español de Arqueología*, 62, pp. 5-20.
- LLOBERA, J. R. (ed.) 1975  
LLOBERA, J. R. (ed.), *La antropología como ciencia*, Anagrama, Barcelona.
- MEEK, R. L. 1981  
MEEK, R. L. *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Siglo XXI, Madrid.
- NIETO, G. 1985  
NIETO, G., *Arqueología y Modernidad*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.
- P'SHEA, J. 1981  
P'SHEA, J., "Coping with Scarcity: Exchange and Social Storage", en SHERIDAN, A. y BAILEY, G. (eds.), *Economic Archaeology. Towards an Integration of Ecological and Social Approaches*, B.A.R. Int. Series, 96, Oxford, pp. 167-183.
- PERICOT, L. y MALUQUER DE MOTES, J. 1969  
PERICOT, L. y MALUQUER DE MOTES, J., *La humanidad prehistórica*, Salvat-Alianza editorial, Madrid.
- POPPER, K. 1967  
POPPER, K., *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid.
- RATHJE, W. L. 1971  
RATHJE, W. L., "The Origin and Development of Lowland Maya Classic Civilization", *American Antiquity*, 36, pp. 275-285.
- REDMAN, Ch. L. 1978  
REDMAN, Ch. L., *The Rise of Civilization*, Freeman, San Francisco.
- RENFREW, C. 1972  
RENFREW, C., *The Emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.* Methuen, Londres.
- RENFREW, C. 1973a  
RENFREW, C., *Before Civilisation*. Jonathan Cape, Londres (trad. cast. *El alba de la civilización*, Istmo, Madrid, 1986).
- RENFREW, C. 1973b  
RENFREW, C., "Monuments, Mobilization and Social Organization in Neolithic Wessex", en RENFREW, C. (ed.), *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*, Duckworth, Londres, pp. 539-558.
- RENFREW, C. 1979  
RENFREW, C., "Systems Collapse as Social Transformations: Catastrophe and Anastrophe in Early Societies", en RENFREW, C. y COOKE, K. L. (eds.), *Transformations: Mathematical Approaches to Culture Change*, Academic Press, Nueva York, pp. 481-506.
- SAHLINS, M. 1963  
SAHLINS, M., "Poor Man, Rich Man, Big-Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia", *Comparative Studies in Society and History*, 5 (3), pp. 285-303.
- SANDERS, W. T. y WEBSTER, D. 1978  
SANDERS, W. T. y WEBSTER, D., "Unilinealism, Multilinealism and the Evolution of Complex Societies", en REDMAN, Ch. L. (ed.), *Social Archaeology: Beyond Subsistence and Dating*, Academic Press, Nueva York.
- SCHAEFFER, F. K. 1980  
SCHAEFFER, F. K., *Excepcionalismo en geografía*, Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona (original 1953).
- SCHIFFER, M. B. 1987  
SCHIFFER, M. B., *Formation processes of the archaeological record*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- SERVICE, E. 1962  
SERVICE, E., *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*, Random House, Nueva York.

- SERVICE, E. 1984  
 SERVICE, E., *Los orígenes del Estado y de la civilización*, Alianza, Madrid (original 1975).
- TAINTER, J. A. 1988  
 TAINTER, J. A., *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press, Cambridge.
- TOPOLSKY, J. 1992  
 TOPOLSKY, J., *Metodología de la historia*, Cátedra, Madrid (original 1973).
- WATSON, P. J., LEBLANC, S. y REDMAN, Ch. L. 1974  
 WATSON, P. J., LEBLANC, S. y REDMAN, Ch. L., *El método científico en arqueología*, Alianza, Madrid.
- WILLEY, G. R. y PHILLIPS, P. 1958  
 WILLEY, G. R. y PHILLIPS, P., *Method and Theory in American Archaeology*, The University of Chicago Press, Chicago.
- WHITE, H. 1992  
 WHITE, H., *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona (original 1987).
- WHITE, L. A. 1949  
 WHITE, L. A., *The science of culture. A study of man and civilization*, Grove Press, Nueva York (trad. cast. *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*, Paidós, Barcelona, 1982).
- WHITE, L. A. 1959  
 WHITE, L. A., *The Evolution of Culture*, McGraw-Hill, Nueva York.
- WITTFOGEL, K. 1966  
 WITTFOGEL, K., *Despotismo oriental. Un ensayo sobre el poder totalitario*, Guadarrama, Madrid (original 1958).
- WEIGHT, H. T. y JOHNSON, G. 1975  
 WEIGHT, H. T. y JOHNSON, G., "Population, Exchange and Early State Formation in Southwestern Iran", *American Anthropologist*, 77, pp. 267-289.
- YELLEN, J. E. 1977  
 YELLEN, J. E., *Archaeological Approaches to the Present: Models for Reconstructing the Past*, Academic Press, Nueva York.
- YOFFEE, N. y COWGILL, K. L. (eds.) 1991  
 YOFFEE, N. y COWGILL, K. L. (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, The University of Arizona Press, Tucson.